

José Otilio Umaña Chaverri

Universidad Nacional

**INTERPRETACION Y TRADUCCION DE
AMERICA EN EL *DIARIO DE NAVEGACION* DE
CRISTOBAL COLON**

LETRAS 25-26 (1992)

*Vosotros dijisteis
que nosotros no conocemos
al Señor del cerca y del junto,
a aquel de quien son los cielos
y la tierra.
Dijisteis
que no eran verdaderos nuestros dioses.
Nueva palabra es ésta,
la que habláis,
por ella estamos perturbados,
por ella estamos molestos.
Porque nuestros progenitores,
los que han sido, los que han vivido
[sobre la tierra,
no solían hablar así.*

Anónimo, *El Libro de los Coloquios de los Doce*¹.

Rodeada de una atmósfera de desconfianza, concebida por algunos como una traición y por otros como algo menos que un imposible, la actividad traductora ha acompañado al ser humano desde el momento en que existe la diversidad de lenguas. Algunos, entre ellos Octavio Paz, consideran que el acto mismo de hablar es, de por sí, una traducción, un absorber

1. Citado en Miguel León Portilla, *El reverso de la conquista* (México: Joaquín Mortiz, 1964), pp. 25-26.

la realidad mediante la palabra. «Aprender a hablar es aprender a traducir», sostiene, porque «cuando el niño pregunta a su madre por el significado de esta o aquella palabra, lo que realmente le pide es que traduzca a su lenguaje el término desconocido»². Pero esta vivencia del lenguaje, como traducción de la realidad y como forma de enriquecimiento del mundo del sujeto y de su incorporación social, es también experimentada por las colectividades. Así, «la tribu más aislada tiene que enfrentarse, en un momento o en otro, al lenguaje de un pueblo extraño»³. Es necesario aprender sobre los otros y expandir los límites y rasgos de nuestra identidad.

Es casi imposible pensar en la vinculación de las distintas conformaciones sociales al margen de la actividad traductora. A lo largo de la historia, diversas culturas han dominado o han sido dominadas por otras; esto ha exigido el aprendizaje de las lenguas de las comunidades en conflicto. Encontrarse con o frente al otro, experimentar «el asombro, la cólera, el horror o la divertida perplejidad [...] ante los sonidos de una lengua»⁴ que se ignora ha sido una constante en esa historia que vio «emerger» a América en un mundo dominado por el hombre occidental.

América empieza por ser resultado de un proyecto cuyos cálculos excluyen, no por mala fe sino por simple ignorancia, su existencia. Apegándose al conocimiento de entonces, el europeo se desplaza rumbo a las Indias de la manera más expedita y, en lo previsible, con la esperanza de enriquecerse. América nace como equivocación ante una realidad que se interpone y se expone de manera extraña, fascinante e innegable.

Para quienes llegan, estas tierras evocan lo afirmado por cuantos se habían dado a la tarea de acercarse a los confines del mundo conocido mediante la especulación y la palabra. América había sido perfilada en sus escritos desde mucho tiempo atrás. Una vez «descubierta», las manifestaciones externas del «Nuevo Mundo» se parecen a, o en ellas el europeo

2. Octavio Paz, *Traducción: literatura y literalidad* (Barcelona: Tusquets, 1971), p. 7.

3. Paz, p. 7.

4. Paz, p. 7.

intenta encontrar semejanza con, Cipango y Catay, sitios maravillosos de exuberante riqueza. Pero, además de palabras desconocidas y de gestos que incrementan la confusión y el equívoco, América es mundo extraño donde el recién llegado encuentra la posibilidad de materializar sus mitos, sus ideas, su lenguaje; un mundo ya ocupado por otros hombres que también viven allí, desde hace siglos o milenios, con otros mitos, otras ideas y otros lenguajes.

La empresa de Colón, a partir de su equívoco e imprevisión del mundo americano, pone en contacto realidades diferentes y lenguas extrañas que requieren de intérpretes y de traductores⁵. América, entonces sin su nombre europeo, también empieza a «nacer» de la actividad de interpretación/traducción detectable en una escritura que la apunta y la reconstruye en la palabra y en la lógica del «civilizado».

La textualización impulsada a partir del ejercicio escritural de Cristóbal Colón se levanta como la primera forma directa de interpretación y traducción de la realidad americana en el imaginario europeo. José Antonio Barbón sostiene, en su trabajo introductorio a la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo: «[...] con la primera carta de Colón comienza una literatura que América pide para sí y que es su primera expresión»; y agrega: «El europeo vio surgir de golpe, a través de crónicas, cartas y relaciones, un mundo que cambiaba su concepto de la naturaleza»⁶. De opinión semejante es Juan Durán Luzio, quien sostiene que «el mismo doce de octubre de 1492 se inaugura también la literatura hispanoamericana; o sobre esa nueva parte del mundo que con el tiempo llegaría a ser Hispanoamérica»⁷.

5. Si bien intérpretes y traductores cumplen, en lo esencial, la misma función, los primeros llevan a cabo una actividad oral y los segundos una actividad escrita. En tal sentido, la labor del intérprete está principalmente sometida a las particularidades de un momento y un lugar determinados y acude a aquellos procedimientos como el tono de voz y el gesto, que están ausentes en el texto escrito y, por ende, en la traducción.

6. Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1977), p. 7.

7. Juan Durán Luzio, *Creación y utopía: Letras de Hispanoamérica* (Heredia: Editorial de la Universidad Nacional, 1979), p. 21.

América es, en principio y antes que nada, escritura. En su más amplio sentido, la interpretación/traducción de América por el cronista resulta ser un eficaz mecanismo para la justificación, especialmente económica, de la exploración y posterior conquista y explotación de estas tierras. La escritura de la crónica americana se refiere constantemente a la actividad de los intérpretes y de los traductores. Y ¿por qué tal insistencia? El conocimiento de estas tierras extrañas es patrimonio de sus pobladores; sin él, se corre el peligro de retardar los dos objetivos fundamentales de la empresa colombina que han de abrir paso a las devastadoras jornadas de las siguientes etapas de exploración y conquista: la actividad económica (comercio de especias, explotación minera, etc.) y la evangelización de los infieles nativos americanos. Para la empresa evangelizadora, al europeo no le hace falta tener información precisa respecto de los asentamientos indígenas. Las poblaciones han de ir apareciendo poco a poco; apenas requiere desplazarse para que ellas se interpongan en su ruta. Sin embargo, para dar con los yacimientos de oro y de perlas, y para encontrar los grandes bancos de especias y poder llevar prueba del éxito de una empresa que tomará tanto tiempo para ser financiada, es urgente contar con datos fidedignos sobre su ubicación. Ante los desventurados obstáculos de las palabras extrañas y de las formas de textualización incomprensibles de los nativos americanos, los gestos y las señas intentan derribar, mediante una rudimentaria actividad interpretadora/traductora, la barrera de lo desconocido.

En el apunte concerniente a cuanto sucede el 12 de octubre de 1492, Colón asegura haber establecido contacto con la «lengua de indios» y aprende que el nombre de la tierra donde está es Guanahaní⁸. La información proviene de *señas* capaces de traducir (comunicar) la experiencia de los indígenas a los recién llegados: «[...] y les hice señas que era aquello, y ellos me amostraron como allí venían gente de otras islas que estaban cerca y les querían tomar, y se defendían»⁹. Esta comprensión, capaz de vencer las dificultades propias en el encuentro de dos lenguas distintas, estimula la inmediata urgencia y justificación de saber qué hay más allá; la geografía de estas tierras empieza a delinearse en la mente del Almirante: «[...] y yo creí,

8. Cristóbal Colón, *Diario de navegación* (La Habana: Tipografía Ponciano, 1961), p. 48.

9. Colón, p. 50.

é creo que aquí vienen de tierra firme á tomarlos por captivos»¹⁰. «Por señas», no por medio de palabras, el navegante llega a la plena convicción de estar en las Indias; esto es, la confirmación de haber llegado a donde quiso llegar desde un inicio, la comprobación de sus cálculos y la corroboración de su verdad. Guanahaní no es sólo un nombre vacío para un sitio extraño, sino también sonidos que apoyan la certeza de estar en la ruta correcta; por tal motivo, en su trayecto y como un nuevo Adán que recupera el paraíso perdido, el genovés cambia los nombres de estas tierras para asegurar la presencia de la «civilización» aquí, en unas Indias que, obsesionado por su Catay y su Cipango, él asegura haber encontrado.

El 13 de octubre, el Almirante escribe:

*Y yo estaba atento y trabajaba de saber si habia oro, y vide que algunos dellos traían un pedazuelo colgado en un agujero que tienen á la nariz y por señas pude entender que yendo al Sur ó volviendo la isla por el Sur, que estaba allí un Rey que tenia grandes vasos dello, y tenia muy mucho. Trabajé que fuesen allá, y despues vide que no entendian en la idea*¹¹.

¿Es realmente eso lo comunicado por los nativos a Colón mediante señas, o cuanto éste comprende o necesita entender? El genovés asume la tarea de interpretar aquellas señas y arriba a una conclusión que impulsa y **justifica sus futuras acciones**: más allá, al sur, aguardan las riquezas de Cipango y Catay y él está decidido a emprender de inmediato el viaje; no obstante, ¡problema lingüístico!, quienes tanta riqueza le aseguran no entienden por señas «en la idea» de ir ahí; por esa razón, el marino desiste de su empeño, al menos por ese día. Véase la forma en que el navegante interpreta y escribe (traduce) cuanto, de acuerdo con su entendimiento, los indígenas quieren saber:

[...] y venian, y entendiamos que nos preguntaban si eramos venidos del cielo; y vino uno viejo en el batel dentro, y otros á voces grandes

10. Colón, *loc. cit.*

11. Colón, p. 51.

*llamaban todos hombres y mugeres: venid á ver los hombres que vinieron del cielo; traedles de comer y de beber*¹².

¿Habrá entendido el europeo aquellas «señas» y palabras que no podían ser más que signos vacíos en una situación de comunicación ambigua? Ser venidos «del cielo», ¿significaba lo mismo para hombres tan distintos y con dioses y cielos tan opuestos?

Pero la fe en haber despejado una nueva y más directa vía a las Indias es tanta que, a pesar de los elevados márgenes de error generados por las señas y los gestos, Colón encuentra cada vez más indicios como para convencerse de haber logrado su objetivo inicial: «y vide tantas islas que yo no sabia determinarme á cual iria primero, y aquellos hombres que yo tenia tomado me decian por señas», anota, «que eran tantas y tantas que no habia número, y anombraron por su nombre mas de ciento»¹³. El número de islas y la riqueza asociada a ellas, lo planeado y el misterio de esa geografía, las palabras y las señas son, en la escritura colombina, marcas o huellas que invitan a recorrer estas «nuevas» tierras. Más de cien islas dice reconocer en sonidos que mide y asigna sobre la base de su propia lengua e, inclusive, sobre la base de una activa esperanza que todavía deja un sensible margen de duda. Colón no parece dudar de lo reconocido a través de esa imprecisa red de señas y de nombres; cifra su optimismo en que su cuenta de «más de ciento» no sea una equivocación y en la seguridad de que, antes que error suyo, de no haber «muy mucho oro» en tan vasto territorio sería «burla» de los informantes «para se fugir»¹⁴. «Y así partí»¹⁵, escribe impulsado por esas palabras desconocidas, por esas señas que, interpretadas de acuerdo con su propia medida y expectativas, son ávidamente traducidas por el navegante en su diario.

El martes 16 de octubre y debido al continuado intercambio de señas

12. Colón, p. 52.

13. Colón, p. 53.

14. Colón, p. 55.

15. Colón, p. 56.

y de palabras sostenido con los indígenas, el Almirante se muestra plenamente convencido en la escritura de que éstos «son de muy buen entender»¹⁶. Europeos y americanos tienen, por diversas razones, necesidad de comunicarse. El propio Colón, con cierta frecuencia expresa ese deseo en sus anotaciones: «Martin Alonso Pinzon, capitan de la carabela *Pinta*, en la cual yo mandé á tres de estos indios», escribe el miércoles 17 de octubre, «vino á mí y me dijo que uno dellos muy certificadamente le habia dado á entender que por la parte del Nornorueste [...]»¹⁷. Dos días después, el marino genovés empieza a ser presa de la duda, no de no estar en las Indias, sino de estar en condiciones de recoger información fidedigna como para establecer relaciones que le permitan dar con las riquezas. El tiempo y el desconocimiento de las lenguas con las cuales ha entrado en contacto son sus mayores enemigos.

Ante la información dada por los nativos, siempre mediante señas, acerca de un «Rey» que «trae mucho oro», el marino asegura: «no doy mucha fé á sus decires, así por no los entender yo bien» y por la pobreza en «oro ó especería» observada en el recorrido. Es como si las manifestaciones externas de la realidad recién «descubierta» empezaran a indicarle, muy a su pesar, un posible desengaño. La firmeza de los primeros apuntes del diario se debilita sensiblemente.

Hasta el momento, el obstáculo que detiene sus esfuerzos es de naturaleza lingüística. Con mayor insistencia, la escritura colombina asigna a sus interlocutores indígenas la responsabilidad absoluta de lo dicho; el error no es parte de su naturaleza civilizada: «[...] creo que si es así como por señas que me hicieron todos los indios de estas islas y aquellos que llevo yo en los navíos [...], pero, curiosamente, ya entonces se dispone a aceptar una riesgosa incapacidad para entenderles: «[...] porque por lengua no los entiendo»¹⁸. Catay y Cipango, pletóricos de oro, perlas y especias se encuentran, en su interpretación de esas señas y palabras extrañas, en Cuba.

16. Colón, p. 59.

17. Colón, p. 60.

18. Colón, p. 70.

Tremendo error de interpretación que, nuevamente, lo empuja a la exploración de lo desconocido.

Los intérpretes indígenas, sobre los cuales el navegante basa luego sus decisiones y efectúa la correspondiente traducción de la realidad americana en su diario, son hombres tomados de Guanahaní. Transcurridos dieciséis días, estos sujetos están en capacidad, según Colón, de hacer entender a los españoles «por señas que hay diez ríos grandes, y que con sus canoas no la pueden cercar en veinte días»¹⁹. Hacia el 1 de noviembre, el grado de comprensión ha superado un momento crítico y empieza a manifestarse en aumento. Sin embargo, la enunciación de lo comprendido y la correspondiente traducción continúan siendo imprecisas o erróneas, pero, muy a su conveniencia, en ellas cree asegurarse el sostenido éxito de la empresa. Así, por ejemplo, el Almirante envía a «uno de los indios que llevaba» con el propósito de averiguar sobre una comunidad de nativos y éste «desde lejos le dió voces diciendo que no hobiesen miedo porque era buena gente, y no hacían mal á nadie, ni eran del Gran Can»²⁰. Según la anotación del diario, los indígenas saben del «Gran Can» y, por ello, no hay duda: Colón se encuentra en Asia.

De manera coherente con los motivos impulsores de la aventura colombina, al Almirante no sólo le interesa reportar información con respecto de los esfuerzos para indagar acerca de las fuentes de riqueza (oro, especias y perlas, por ejemplo), sino también justificar la empresa desde el punto de vista religioso. En tal sentido, los esfuerzos realizados cumplen su cometido; a su paso y tras la prédica evangelizadora, los indígenas «[...] antes dicen *la salve* y *el Ave María*, con las manos al cielo como le amuestran, y hacen la señal de la cruz», asegura el 1 de noviembre. La palabra católica es interpretada por los habitantes de estas tierras, quienes hasta hace poco adoraban ídolos «falsos»; pero, más aún, la asumen en castellano, en la lengua ideal para rezar a un Cristo rey y a una María reina que acompañan y defienden la causa española.

19. Colón, p. 73.

20. Colón, p. 78.

De acuerdo con su apunte, los sujetos con quienes recién se encuentran muestran gran capacidad para la interpretación. No han pasado veinte días desde el primer contacto con ellos y ya el Almirante asegura su desempeño como confiables mensajeros en condición de traducir y ejecutar lo dicho en lengua castellana:

*Dióles muestras de especería para ver si alguna della topasen. Dióles instrucción de cómo habian de preguntar por el Rey de aquella tierra y lo que habian de hablar de partes de los Reyes de Castilla*²¹.

En su apunte del martes 27 de noviembre, Colón se queja de no poder avanzar más rápidamente, debido a su desconocimiento de la lengua de los nativos. Ignorancia que le lleva a serias equivocaciones y le hace ver la única solución posible: aprender la lengua de esos extraños. «Y poco á poco andaré entendiendo y conociendo», escribe, «y faré enseñar esta lengua á personas de mi casa»²². Esa es también la opción más eficaz para «hacer todos estos pueblos cristianos». Aprender la lengua... descubrir los significados de esos sonidos singulares y, con su conocimiento, someterlos al poder temporal de los reyes españoles y a la ley eterna de su Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Para el genovés, únicamente se necesita «saber la lengua y mandarles, porque todo lo que se les mandare harán sin contradición alguna»²³; el indígena muestra una naturaleza particularmente dócil; es fácil objeto de dominación y el medio perfecto para someterlos ha sido detectado por Colón: el poder de la palabra.

Si bien días antes el navegante creía «ques toda la lengua una hasta aquí», el jueves seis de diciembre espera «en nuestro Señor que los indios que traia sabrian su lengua y él la suya». A medida que pasan los días, la comunicación entre los españoles y los intérpretes indígenas parece mejorar: «Cada dia entendemos mas á estos indios y ellos á nosotros»²⁴. Sin

21. Colón, p. 80.

22. Colón, pp. 107-108.

23. Colón, p. 147.

24. Colón, p. 125.

embargo, al avanzar la exploración, se encuentra con otras poblaciones y el navegante se entera que hay más de una lengua; así, anota el 18 de diciembre a propósito de una nueva comunidad: «[...] no me entendían ni yo á ellos»²⁵. Al desconocimiento de extrañas lenguas se suma la dificultad de la multiplicidad lingüística. La diversidad de lenguas es curiosamente explicada como resultado de «la gran distancia de las tierras»²⁶.

La posibilidad de conocer esas lenguas y contar con una traducción/interpretación exacta, aseguraría el poder alcanzar el oro tantas veces mencionado en su escritura, pues «hallando el lugar donde se saca habrá gran barato dello»²⁷. A estas alturas, sus futuros viajes dependen de ese oro, pero, escurridizamente, parece perderséle entre muchos sonidos que lo evocan y le confunden: «tuob», «caona»... «nozay»²⁸. El mayor obstáculo de tal variedad de términos acecha de manera constante. Por momentos, la opción de dar con esas riquezas parece alejarse y el desesperado genovés se encuentra navegando en un laberinto de palabras tan desconocidas y misteriosas como la realidad geográfica y social por la cual se desplaza.

A partir del 14 de enero y hasta el último apunte del viernes 15 de marzo de 1493, el *Diario de navegación* deja de referirse a los obstáculos lingüísticos y a la necesidad de intérpretes (traductores). Esto no sucede, creemos, porque los problemas de comunicación se hayan terminado en la tarea exploradora de esa enorme y desconocida tierra americana, sino porque la actividad de la interpretación/traducción entre lenguas, visiones de mundo y sentidos históricos distintos ha de volverse tan cotidiana, vigorosa y necesaria como la inquietud misma de saber qué hay más allá del horizonte.

En la escritura colombina se genera un férreo deseo de convertir ese mundo salvaje y exótico en un universo conocido, dominado y fiel a la

25. Colón, p. 139.

26. Colón, p. 184.

27. Colón, p. 151.

28. Colón, p. 183.

Corona Española, en un mundo obediente a la palabra católica que él, Cristóbal Colón, dice haberse prometido llevar a los infieles. Los intérpretes y traductores están, a partir de ese momento, convocados a ser los medios vinculantes y los eficaces instrumentos en una larga jornada de des(en)cubrimiento y conquista; están llamados a ilustrar, una vez más, el desempeño que tienen la traducción y la interpretación en la dinámica histórica del ser humano.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Colón, Cristóbal. *Diario de navegación*. La Habana: Editorial Ponciano, 1961.

Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1977.

Durán Luzio, Juan. *Creación y utopía. Letras de Hispanoamérica*. Heredia: Editorial de la Universidad Nacional, 1979.

Paz, Octavio. *Traducción: literatura y literalidad*. Barcelona: Tusquets, 1971.